

domina el olvido impuesto por la dictadura franquista¹², le hace sentirse aún más extraño, más exiliado, le hace experimentar con mayor intensidad la tragedia de su desarraigo: «Hoy, 13 de septiembre. Nadie tiene presente el pasado; yo sí, como si fuese ayer. 1923 (...) La sublevación de Primo de Rivera» (1995: 240). Un desarraigo que se intensifica aún más cuando el memoricidio se perpetra contra la Guerra Civil: «La rebelión militar fue contra la República y eso lo han olvidado –aquí y fuera de aquí– todos menos un puñado de viejos, como tú y como yo» (1995:133). Porque Max Aub quiere ser memoria de un tiempo histórico, memoria de la dignidad republicana, de la verdad histórica contra la deformación y la mentira, contra el silencio y el olvido. Una memoria que desemboca, lógica y obsesivamente, en la Guerra Civil:

«¡Majadahonda!

—¡Qué nombre tan bonito! –dice la Chata.

¡Cómo nos hemos hundido en la historia! ¿Cómo le va a decir algo ese nombre que me suena tan adentro? Madrid, 1937» (1995:361).

Y da lo mismo Majadahonda que Barcelona¹³ o que pueblos valencianos como Vinaroz¹⁴ o La Pobleta: «Ya a nadie le dice nada. La Pobleta: el lugar donde estuvo alojado, aquí cerca, Manuel Azaña. Donde estuvo, algún tiempo, la Presidencia de la República. Nadie lo sabe. Nadie se acuerda. Ni falta que les hace» (1995:199).

Porque lo que le indigna profundamente a Max Aub es el olvido, la capacidad colectiva de silencio y de olvido que domina en la sociedad española de 1969 y que para él constituye una nueva victoria de la dictadura franquista¹⁵. Así, en la «Justificación de la tirada» a *La gallina ciega* lamenta «que muchos recuerdan menos de lo que uno quisiera y los que más saben prefieren callar, lo que me parece absurdo figurándose amigos, hombres y

¹² Sobre ese «olvido oficial», es decir, «el impuesto por el poder político a un pueblo o a una colectividad», cfr. Josefina Cuesta, ob. cit., especialmente pp. 65-67. La propia autora afirma que contra este «olvido oficial» –el impuesto por el franquismo sobre nuestro exilio republicano, por ejemplo– se puede luchar con «la memoria institucionalizada», la memoria democrática en nuestro caso (ob. cit., pp. 67-68).

¹³ «¡Cómo se presentan, ordenados, mezclados, los recuerdos! Los trenes de heridos, las Ramblas, el Hotel Oriente...», anota Aub el 5 de septiembre de 1964 en sus Diarios (1998:355).

¹⁴ «Aquí fue la batalla del Ebro. Naranjas, olivos, riscos, ramblas plantadas de pedruscos, tierra rojiza, no de sangre, igual a sí misma. De aquello, nada. Unos libros, un mundo muerto, de cuerpo presente, para unos cuantos, poquísimos, en los que queda vivo» (1995:207).

¹⁵ Aunque, como afirma Josefina Cuesta, «el silencio sobre un determinado tema no siempre supone el olvido» y, por ello, «la sociedad, si no olvida, finge hacerlo o, al menos, acepta colectivamente el silencio» (ob. cit., p. 65).

buenos políticos. Allá ellos, suyos el olvido y el reino de la mentira» (1995:105-106). No se trata únicamente, claro está, de olvidos individuales, como el del cobarde e interesadamente desmemoriado franquista Xavier de Salas¹⁶, sino de una sorda amnesia colectiva¹⁷ de una auténtica enfermedad moral de la sociedad española que ha sido inoculada, a través de la retórica propagandística de «la paz», por los vencedores de la Guerra Civil:

«Ni estamos –mi generación– en el mapa. Todo es paz. Es curioso cómo eso de los veinticinco –o treinta– años de paz ha hecho mella, o se ha metido en el meollo de los españoles. No se acuerdan de la guerra –ni de la nuestra ni de la mundial–, han olvidado la represión o por lo menos la han aceptado. Ha quedado atrás. Bien. Acepto lo que veo, lo que toco, pero ¿es justo?, ¿está bien para el mejor futuro de España?, ¿cómo van a crecer estos niños? Todavía más ignorantes de la verdad que sus padres. Porque éstos *no quieren* saber, sabiendo; en cambio, estos *nanos* no sabrán nunca nada. Es una ventaja, dirán. Es posible. No lo creo» (1995:251).

Así, su reencuentro con viejos amigos franquistas como Lluys Santa Marina¹⁸ o Juan Ramón Masoliver le sirve para reafirmar con orgullo sus profundas convicciones republicanas y para constatar, en su caso, la imposibilidad del olvido. Por ejemplo, en una anotación correspondiente al 11 de junio de 1972, un mes antes de su muerte en México, escribe:

«Comida en casa de Juan Ramón Masoliver. Ultratumba. Sí. La guerra –para los que tomamos parte en ella– no se olvida ni se olvidará, siempre presente aunque «reanudemos relaciones». Imposible olvido. Tú estuviste con unos, yo con otros. Olvidarán nuestros hijos; no digamos nuestros nietos, pero nosotros no» (1998:536-537).

Y, sin embargo, el 27 de octubre de 1969, Max Aub, con esa descarnada sinceridad con que también ajusta cuentas consigo mismo en algunas páginas de *La gallina ciega*, había escrito:

¹⁶ «Evidentemente a X[avier] de S[alas] se le ha olvidado que salió de España, gracias a un salvaconducto que le di en Valencia (en la estación) como uno de los «responsables» del Museo de San Carlos, para que fuese a Alicante –donde embarcó para Burgos–. A pesar de cuanto hizo después (contra mí), volvería a hacerlo. Evidentemente a él, buen católico, no le remuerde la conciencia», anota Aub el 7 de septiembre de 1956 en sus Diarios (1998:281).

¹⁷ «Cuando de pronto recuerdo España y su ignorancia –la ignorancia de los españoles, la ignorancia de su pasado inmediato, la ignorancia de lo que conocí– me estremezco», escribe Aub el 21 de marzo de 1970 en sus Diarios (1998:448-449).

¹⁸ «De todos modos, no se restablece la cordialidad perdida. Demasiada sangre, demasiados muertos, demasiada cárcel. Y, tal vez, sobre todo, demasiados años» (1995:141).

«Ahora me doy cuenta de que ya tampoco para mí la guerra existe –existió–. Nos vamos a marchar de Madrid y no se me ha ocurrido, ni siquiera pasado por la mente, no me ha surgido del pensamiento, de mis recuerdos, pasando por delante, entrar en el Teatro de la Zarzuela para recordar la *Numancia*, de Rafael y de María Teresa; no me he detenido a buscar los balcones para localizar el cuarto donde nos reunimos Regler, Hemingway, Malraux, Koltzov y el espantado Chamson. Me he asomado a Rosales y no le he dicho a P.: –Aquí me llevé el regaño más grande de mi vida cuando dimos vueltas a todo lo largo del paseo, en tres «rubias», a veinte «intelectuales» famosos, a los viejos Julien Benda, Andersen Nexø, a Alexis Tolstói, frente a las líneas –allá abajo– de los «nacionales». Ni fui a la Casa de Campo ni le eché una mirada al palacio de los Heredia Spínola, donde estaba la Alianza... Ni siquiera se me ocurrió subir al Ministerio de Instrucción Pública. (...) ¿Por qué? Borraron la guerra, ¿o me la eché fuera en unos cuantos libros? Pero esto último no es cierto: también de lo anterior escribí. ¿O es que a la vejez lo que le resube a uno de los adentros es la vida, sus principios, y lo que se disuelve es, en la madurez, lo más cercano?

Me doy cuenta de que he olvidado a los muertos de la guerra. Algo menos a los del exilio. Quedo sorprendido» (1995:547-548).

Pero Max Aub, perplejo y desconcertado ante la evidencia de su propia capacidad de olvido, ya había previsto el mejor antídoto personal contra la amnesia, la mejor vacuna contra la desmemoria cuando el 15 de octubre de 1951 había anotado escuetamente en sus *Diarios*. «Escribo por no olvidarme» (1998:196).

Bibliografía citada

- MAX AUB (1969), *Enero en Cuba*, México, Joaquín Mortiz.
 — (1995), *La gallina ciega. Diario español*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba Editorial.
 — (1998), *Diarios (1939-1972)*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba Editorial.



Con Emil Jannings en *El Ángel Azul* (1930)